



El increíble *viaje* de J.W.

Mónica Rodríguez

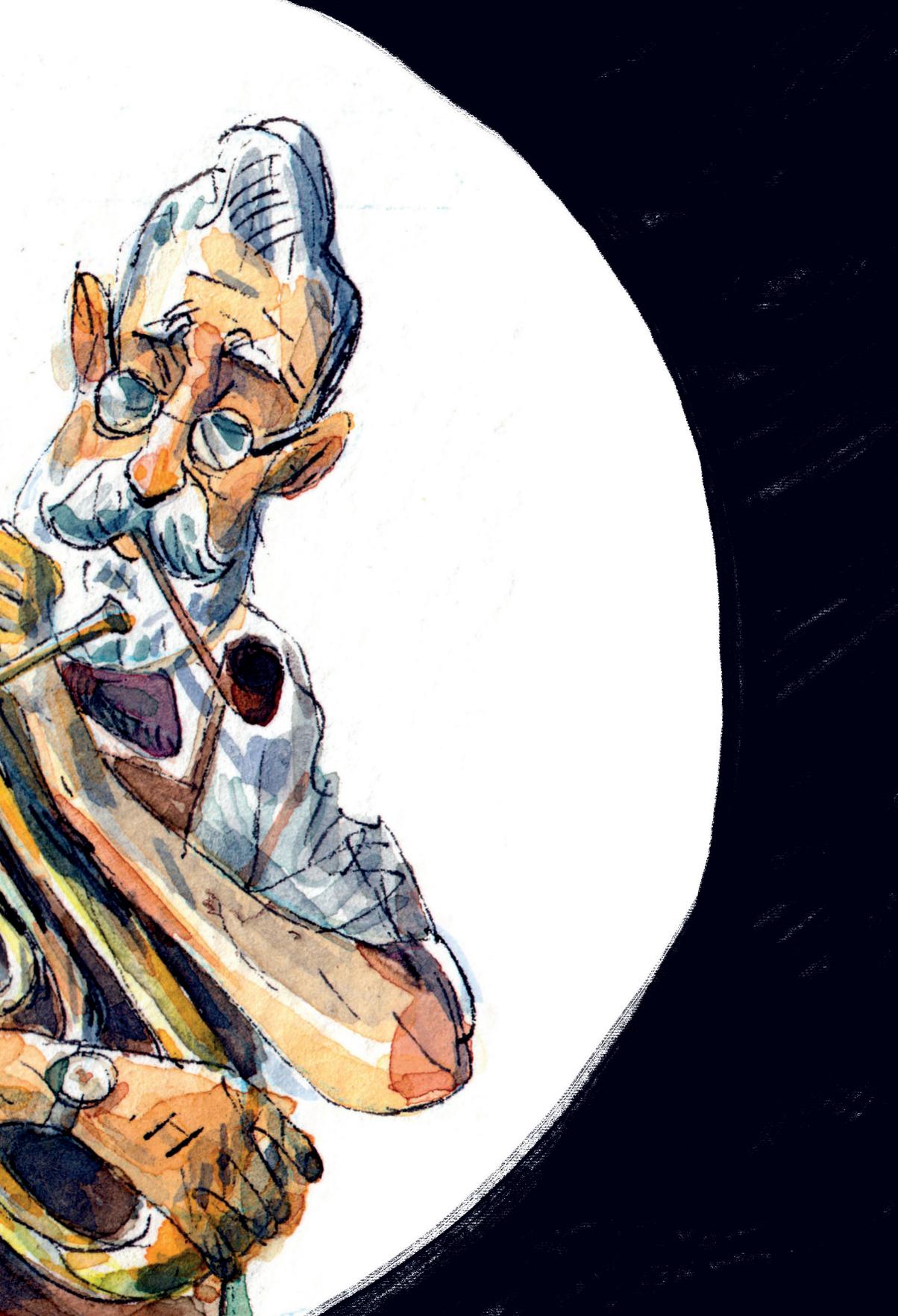
Ilustrado por

Santiago Guevara

 Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/mx





1.

Yo era la tuba más noble y bella de toda Centroeuropa. Nací en Berlín en 1921. Mi creador fue Johan Walter Wieprecht, descendiente del famoso Wilhelm Wieprecht, inventor de la tuba junto a Johann Gottfried Moritz, en el año 1835, en esa misma ciudad.

Es evidente que mi sonoridad y mi silueta nada tienen que ver con mis antepasados, el serpentón y el oficleido, pero tampoco he sido creada al modo de mis otras hermanas tubas. Para elaborarme, Johan Walter Wieprecht seleccionó la mejor aleación de zinc y cobre, dedicó semanas enteras a moldearme de modo que mi tubo de casi seis metros —¡seis!— se enrolla sobre sí mismo ensanchándose hasta el enorme pabellón de una manera elegante, cautiva y hasta casi diría que misteriosa. La columna de aire que corre por mi interior encuentra el hueco exacto, desciende por los toboganes de metal, juega entre sus laberintos y pistones y sale con una belleza sonora de tal perfección que Johan Walter Wieprecht supo que había hecho el mejor instrumento de su vida. Me depositó en la estantería con todo



El increíble viaje de J. W.

el amor del que un hombre es capaz y, mirándome como un padre mira a su hijo, anunció:

—Serás la tuba más famosa del mundo.

Yo estaba orgullosa de mi pátina dorada y de mis llaves, de aquella ancha campana que parecía un disco de oro, de mi sonoridad noble y grave y, por supuesto, de la boquilla de copa extremadamente profunda que habría de ajustarse a los labios de los mejores músicos de la época. Me esperaban éxitos, glorias, el estruendo de un público rendido a mis pies.

Como es natural, la talla de mi nacimiento y mi nobleza hacían que detestara compartir mi tiempo con otros instrumentos y apenas soportaba la compañía de un arpa y una flauta de madera que habían sido también bautizados como seres extraordinarios. Lo miraba todo desde la altura de mi estante con afectación y sentía lástima de aquella trompeta tan poco aristocrática y de ese fagot larguirucho que jamás podría alcanzar mi peculiaridad sonora. Deseaba que llegara mi momento y soñaba con aquellas luces y aplausos que reverberarían en los teatros tras mi actuación.

10

Al taller acudían músicos amigos de Johan Walter Wieprecht que admiraban los instrumentos y que en ocasiones compraban algunos. Cuando se acercaban a mi estante, todos contemplaban fascinados la perfección de mi hechura, mi tubo curvo, mi boquilla, y yo ni siquiera me sonrojaba ante los halagos de mi creador.

—Esta tuba dará mucho que hablar, señores.

En alguna ocasión Johan Walter Wieprecht me tomaba en brazos y, posando con delicadeza los labios sobre mi embocadura, emitía unos soplidos turbadores que yo recogía con agradecimiento. Dejaba que aquel aire cosquilleara las paredes de mi tubo y saliera convertido en un lamento grave y exquisito. Un viento sonoro que llenaba el cuarto.

Johan Walter Wieprecht me limpiaba después con un pañuelo de seda. En ocasiones me lavaba con agua templada y limpia. Engrasaba mis pistones y mis bombas con aceites de excelente calidad e introducía un cepillo en la boquilla y la cavidad de mis tubos. Yo me entregaba a sus cuidados sintiendo aquel rascado suave de mi interior y la resbaladiza capa que abrillantaba mi metal dorado. Algunas veces tuve la tentación de mostrar mi agradecimiento ante las manos grandes y afectuosas de mi creador, al que yo veía envejecer. Naturalmente jamás hice algo semejante. ¿Cuándo se ha visto a una tuba de mi posición agradecer los cuidados que son obligación de quien nos ha dado la vida? Además, no siempre mi limpieza era del todo rigurosa y en alguna ocasión Johan Walter Wieprecht descuidaba una mota de polvo que permanecía en mi metal, incomodándome, y que a todas luces podría afectar mi extraordinaria sonoridad. Esto me enojaba muchísimo.

El tiempo transcurría y nadie era digno de poseerme. Johan Walter Wieprecht estudiaba al detalle a cualquier músico que me pretendiese y no parecía encontrar a nadie merecedor del sonido que dormitaba en mi corazón. Muchos ofrecieron grandes cantidades de dinero, pero él declinaba arrugando la frente y haciendo aspavientos con las manos.

—No, no, no. Aún no ha nacido el intérprete capaz de tocar semejante instrumento.

Yo empezaba a aburrirme y a punto estuve de desear que cualquier músico, por aficionado que fuera, me llevara consigo. Ansiaba con tanta intensidad sacar todo aquel torrente de música, aquellas notas impetuosas que latían silenciosas por mi columna, que apenas podía dormir de impaciencia y temía hacerme vieja, como mi creador, antes de que alguien me tocara. Pero al fin ocurrió.

El increíble viaje de J. W.

Era un hombre en apariencia normal. Llevaba el pelo recogido en una coleta y usaba unos lentes pequeños y redondos. Recuerdo que su corpulencia me agradó, pues se intuían bajo ella unos poderosos pulmones. También sus manos me gustaron, eran anchas, de dedos largos, dotados de una suavidad desconcertante para una tuba inexperta como yo que sólo había sido tocada por su hacedor Johan Walter Wieprecht.

Johan era ya un anciano que curvaba su espalda y meneaba la cabeza a cada rato como si se llevase la contraria a sí mismo. Hacía años que no fabricaba instrumentos y se dedicaba a cuidar los pocos que había conservado: un trombón y dos trompas que no me llegaban a la altura de los zapatos. Pero él nos quería a todos por igual. Apenas se le notaba esa inclinación hacia mi hechura y nos cuidaba con el mismo afecto. Éramos, al fin y al cabo, su familia y yo aceptaba a mis compañeros de destino con indulgencia.

Ahora pienso que Johan Walter Wieprecht, si hubiese tenido diez años menos, no me habría entregado a aquel hombre. Pobre Johan. Creo que consideraba que nadie era merecedor de un instrumento tan perfecto como yo por muy buen músico que fuera.

12

Se llamaba Otto Krips y era uno de los mejores instrumentistas de viento. Se decía de él, según supe por propia boca de mi creador, que era el mejor tubista de toda Europa. Su fama y la edad de mi hacedor precipitaron los hechos. Aquella misma tarde, Johan Walter Wieprecht me limpió por última vez. Recuerdo aún cómo me impacientaba el retardo de aquella vieja mano que frotaba el paño en mis horquillas, en mis codos y en mis muelles. Cómo me urgía que acabara con aquella tarea que hacía deteniéndose y suspirando. Untó con ternura el aceite, cepilló mis metales, rascó con suavidad la cavidad de mi boquilla y mis túneles y, al fin, con los ojos brillantados

Mónica Rodríguez

por la emoción, cerró los broches del estuche que me había construido y todo se volvió oscuro.

Un bamboleo enérgico me hizo comprender que me alejaba de aquel taller para siempre. Una gran excitación se apoderó de mí y ni un asomo de tristeza vino a ensombrecer aquel momento. Sonreí completamente satisfecho.

Los caminos de la fama se abrían ante mí.

Nunca más volví a ver a Johan Walter Wieprecht.

